

Magnético

Ya no estoy muy seguro de lo que soy. No desde que le conocí.

Todo pasó de una forma tan... extraña.

Yo estaba con Clara, sentados en aquél bar ¿cómo se llamaba? Bueno, supongo que no importa ¿no?

Él estaba sólo, mirándonos desde otra mesa. Su mirada era profunda. Vacía. Seca. Pero tenía un extraño brillo, esa clase de brillo que tienen los ojos de aquellos que te llevan ventaja. Que han visto, sentido, tocado y absorbido más de lo que otros harían en varias vidas. Eso se les puede ver en los ojos. Hay quienes te cuentan las aventuras de su vida como si fueran el puto Indiana Jones, y después están los que puedes vérselo en sus ojos. Esos son los de verdad. Los otros sólo fantoches.

Clara me contaba cosas sobre un examen, o algo por el estilo. Nunca tuvo muy buena conversación.

Yo fingía escucharla, pero él acaparaba toda la atención.

Yo no tengo nada de especial.

Él se levantó y se fue. Y yo seguí escuchando lo que fuera que Clara tenía que contarme. Su vida no es precisamente emocionante. La mía tampoco.

* ¿Es verdad? Vomito un poco más de sangre.*

Estaba con Clara, Carlos y Andrés en aquella mierda de local.

Era un antro atestado de retrasados mentales ¿Cómo yo? Que saltaban intentando convencerse de que se lo están pasando bien.

Yo no me lo estaba pasando bien, pero hay que reconocer que el poder de la sugestión es la hostia.

Puedes hacer que Bill Gates se crea que es El Increíble Hulk si sabes cómo convencerlo (aunque Bill Gates podría pagar para convertirse en El Increíble Hulk si quisiera).

Y yo me estaba sugestionando para aburrirme mortalmente.

Salí un rato a la puerta para sacudirme un poco el agobio y liberar algo mis oídos del estruendo, mis ojos del humo y mis pulmones de ese aire que se genera con la humanidad comprimida y que te hace plantearte si serás claustrofóbico o solamente antisocial.

Entonces pasó él.

Y yo me quedé mirándolo con cara de tonto, y él me miró con una mirada extraña.

Quizás de... ¿aprobación?

Yo no soy así. Pero quiero serlo.

Volví a entrar al local, buscándolo.

Al volver donde estaba vi que un rapaz de discoteca estaba acechando a Clara (a mi chica). Odio a esa gente, si fuera un dictador y pudiera permitirme algún tipo de limpieza, supongo que empezaría con ellos. Aunque no estoy seguro, odio a tanta gente que no sabría por donde empezar. Supongo que para eso están los asesores ¿no?

Me acerqué a Clara, y sin esperar que el capullo acabara de decirle lo que sea que le está diciendo (“eres muy guapa”, “¿estás sola?”, “tengo un BMW”, “¿follamos nena?”) la agarré de la cintura y le di un beso de tornillo hasta que la oí suspirar. Lo miré y seguí besándola.

Al tío se le quedó cara de tonto y se fue de nuevo con sus colegas, se estaban partiendo el culo.

Me encanta hacer esto.

¿Puede uno enamorarse de un concepto, no de una persona?

Había entrado a mear.

Yo meo por lo menos media docena de veces cada vez que salgo por ahí. No se por qué, será algo psicológico.

Estaba lanzando mi amarillento y precioso néctar al urinario cuando él entró.

Era la primera vez que los dos estábamos juntos y tan cerca. Era tan... magnético.

Supongo que eso es lo que tienen los grandes líderes a los que todo el mundo sigue ciegamente, sin duda Napoleón o Julio César eran como él, magnéticos.

Se puso a mear al lado mía (no miré).

Cuando acabé fui a salir cuando él me habló.

“Mañana nos vemos a las 10 de la noche en La Puerta del Infierno”.

La Puerta del Infierno era un bareto de mala muerte frecuentado por tíos raros y otros que se creían los más duros de la ciudad.

Reconozco que el sitio me gusta.

¿Qué me hace pensar que mi vida vale más que las otras? Sólo lo se.

Me quedé impresionado y deseoso de reunirme con él al día siguiente. No dormí en todo el día, estaba demasiado nervioso. No entiendo por qué, sólo era un tío cualquiera con el que había cruzado la vista un par de veces. ¿Qué quería? Y lo más importante ¿Qué buscaba yo?

En ocasiones es difícil creer las cosas aunque las estés viendo.

A las nueve y media ya estaba en el bar esperando. Es acojonante lo que puede hacer la curiosidad en un tipo como yo.

A las diez en punto entró por la puerta, y con parsimonia se acercó hasta mi mesa y se sentó junto a mí.

“Eres impaciente. Te dije a las diez”. Me dijo tranquilamente, con una voz fría totalmente desprovista de inflexiones, la voz de un cínico patológico.

“¿Por qué me has hecho venir aquí?”. Le pregunté ansioso.

“¿Por qué has venido?”.

“Por que quiero saber qué es lo que vas a ofrecerme, vas a ofrecerme algo. ¿Verdad?”

“¿Sabes? Estás aquí porque me has visto. Porque has cruzado tu mirada conmigo.

Porque me buscabas, no a mi, sino a algo. Querías ver”.

Sus palabras eran tan... potentes. Yo estaba fascinado.

“Quiero tener esa mirada, quiero saber que he vivido más que todos ellos. No quiero seguir siendo una oveja.”

Me miró con prepotencia.

“¿Prefieres ser lobo o pastor?”

Soy un lobo.

No contesté.

“Ven a mi casa” me dijo “Voy a abrirte los ojos”.

Sonreí como tiene que sonreír un muerto cuando lo mandan al infierno, sabe que no le espera nada bueno, pero al menos no es el vacío ¿no?

¿Cómo se siente siendo Dios? Pregúntale a él.

Su casa apestaba.

Los muebles tenían una pequeña pero consistente capa de polvo por encima, y la chica que estaba atada y amordazada en la cama no paraba de revolverse y lloriquear.

Tengo que reconocer que al principio la escena me impactó, pero cuando lo miré a él me tranquilicé. Supe que todo iba bien. Sólo tenía que obedecer.

Él se acercó a una mesa y cogió un cuchillo.

Con cuidado se alzó la camisa y se cortó una pequeña loncha de carne.

“Come mi carne”.

Obedecí.

Dejó caer la sangre que salía de la herida en un pequeño cuenco.

“Bebe mi sangre”.

Obedecí.

Entonces me entregó el cuchillo.

“Su corazón”.

Le miré asustado, esto era una locura.

“Cómete su corazón si quieres ser como yo.” Me dijo señalando a la chica que lloraba y se revolvía en la cama.

Me acerqué lentamente. Era preciosa.

Aferré con fuerza el cuchillo y se lo clavé en el pecho. Comencé a hurgar hasta que saqué el corazón, ella chilló al principio, después un gorgoteo, después nada.

Agarré el corazón y le miré triunfante. A un gesto suyo me lo comí.

Ya me siento superior. Siento lo que él siente. Es como si pudiera ver cosas que no se ven. Sentir cosas que no se sienten. Poder hacer lo imposible.

Vomito algo de sangre.

Ahora soy un ser superior. Quizá sólo sea un loco, pero me gusta.

FIN